

# BULLÓ



**Paco González Fuentes**

Aquella tarde de invierno, desde mi posició en la cafeteria del Urpí, el gran hotel sabadellense, me delectaba contemplando la lluvia. Era una lluvia lenta, persistente.

Me abordó un desconocido, un individuo alto, tranquilo, de porte aristocrático. Vestía un traje de color arena y una camisa azul.

“Me llamo Vicenç Bulló, de los Bulló de Senmenat”, se presentó.

Mientras me hablaba de la belleza de las nubes rojas que aparecerían tras la tormenta y de que el mal de este siglo y del anterior era la existencia apabullante del “hombre masa”, yo me preguntaba qué tipo de persona tenía ante mí.

Reparó en el libro que tenía sobre la mesa, los cuentos reunidos de Edgardo Cozarinsky, y como el sumiller experto al que basta un mínimo sorbo, una leve aproximación, para apreciar el sabor, la textura y la esencia del vino degustado, leyó en voz alta el primer párrafo: “Una tarde de

primavera de 1890, un joven observaba desde las alturas del bulevar Primorsky el movimiento de los barcos en el puerto de Odesa”.

Residía en el hotel porque la proliferación de ciertos antros había convertido su barrio en un lugar insufrible. “Llegué a tener una pistola, una beretta de nueve milímetros”, me confesó.

Cuando me adjudicó la condición de forastero, mostrándose como un anfitrión atento, no lo desmentí. “No se vaya sin sentarse un buen rato en las escalinatas del *racó del campanar*, frente al sol, ni sin probar las cocas de la pastelería Sallés”. No le dije que su ciudad era también la mía.

“Debo contarle algo”, me anunció solemnemente. “Pago por mi habitación el doble del precio ofertado al público, a cambio de algunos privilegios”. Alzó el brazo reclamando la atención de un empleado y poco después empezó a escucharse el *Sarabande* de Händel.

Mientras sonaba *Lascia ch'io Pianga*, otra pieza del músico alemán, se produjo un súbito alboroto entre la clientela. Había dejado de llover. La tregua atmosférica permitía la salida al exterior de quienes no disponíamos de paraguas.

Me acompañó hasta la puerta. “De los griegos presocráticos -me dijo largamente antes de despedirnos- uno me atrae especialmente, Empédocles, mitad místico, mitad poeta. Algo mago también. Escribió un extenso poema en la soledad de su exilio. Uno de sus versos dice así: “Nunca el tiempo inconmensurable se quedará vacío de las dos fuerzas que rigen el universo, el amor y el odio”. ¿Qué le parece? Si el viejo Empédocles viviera hoy, tendría una beretta”.

Había anochecido. Ya cerca de mi calle vi a unos hombres conversando alrededor de un modesto fuego alimentado de ramas, tablas y escobas viejas. Al aproximarme, un perro empezó a olisquear mis zapatos. “¡Trotski!”, le riñó el más joven del grupo, un muchacho pálido embutido en un largo abrigo negro.

“Y acordóse Dios de Noé y de todos los animales y de todas las bestias que estaban con él en el arca e hizo pasar un viento sobre la tierra y cesaron las aguas. Y cerráronse las fuentes del abismo y las ventanas de los cielos y la lluvia fue detenida”, dijo otro con voz casi inaudible, como en trance.

Un anciano, al que alguien introdujo diciendo “va a hablar Insaurralde”, ordenó que nos sentáramos. Pero de pronto el miedo a olvidar el nombre de Bulló se apoderó de mí y hui del lugar. Subí precipitadamente las escaleras hasta mi apartamento y anoté en mi cuaderno sus primeras palabras, “soy Vicenç Bulló, de los Bulló de Senmenat”.

Me asomé a la ventana. El resplandor de la luna, abriéndose paso dificultosamente entre las nubes, la silueta de los altos edificios y la luz parpadeante de los automóviles, componían un hermoso paisaje.